

Murcia

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

en la recepción pública del señor

D. ANTONIO GARRIDO Y VILLAZÁN

el día 29 de Marzo de 1903.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

impresores de la Real Casa,

PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20.

1903

REAL ACADEMIA

DE

BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

en la recepción pública del señor

D. ANTONIO GARRIDO Y VILLAZÁN

el día 29 de Marzo de 1903.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

impresores de la Real Casa,

PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20.

1903

DISCURSO

DEL

SR. D. ANTONIO GARRIDO Y VILLAZÁN

SEÑORES ACADÉMICOS:

Necesaria ha sido toda vuestra benevolencia para que realice la aspiración más alta de mi vida, la de penetrar en este santuario del arte: para ello, seguramente, habéis compensado mi falta de méritos con la confianza de que dispondríaís de una firme voluntad, tanto más decidida á serviros, cuanto mayor había de ser la gratitud: también comprendía vuestro espíritu práctico que, al lado de los maestros, son necesarios los obreros, y que, cuando consiga educarme en vuestras sabias enseñanzas, he de coadyuvar á las difíciles tareas que os están encomendadas con el entusiasmo que inspira la mayor obligación.

*
* *

Empiezo á cumplir el precepto reglamentario de dedicar un recuerdo á mi ilustre antecesor, inclinándome respetuosamente ante la memoria del insigne maestro Arrieta, cuyo sillón vengo á ocupar por vuestro favor y por veleidades de

la suerte, pero á quien sólo podré substituir como la iluminación artificial reemplaza á la del sol.

Decía Paillerón, no ha muchos años, en otra recepción académica, que lo más interesante en la labor de un hombre es el hombre mismo, y que examinando aquélla, las más veces nos sentimos chasqueados, sobre todo si el hombre es un artista: y, en efecto, todos conocemos, y no hay necesidad de citar nombres, autores cómicos de conversación melancólica, poetas de numen serio y trato regocijado, y escritores amenos en sus versos é insoportables, hasta el divorcio, en sus hogares. Confirman esta regla, pero en calidad de excepciones, tanto el maestro Arrieta, como su hermano del alma el gran Ayala: producción sincera, franca y sin falseamientos, refleja el temperamento del autor y la nobleza de su espíritu: el músico no resulta en contradicción con sus obras; no son aquél y éstas entidades que se desmienten y pelean, sino un compuesto equilibrado de alma y cuerpo: estudiando al hombre encontramos al artista.

Á su imaginación brillante unía el maestro Arrieta un sentido práctico envidiable; á su profunda observación un carácter decidor y ligero, y á su inflexible lógica una fantasía meridional; y estas conjunciones encuéntrase en su música: eminentemente dramático en *Marina* y *El dominó azul*, es también en ésta cortesano; sabe dar la nota cómica en *Llamada y tropa* y en *Un sarao y una soirée*, y penetrar con suerte en el peligroso género bufo con *El Potosí submarino*, demostrando en esas joyas de la música española sus dotes de artista genial y músico profundo. Pero, como señala uno de sus biógrafos, su cualidad saliente era el sentimiento: con él ejercía ese poder sugestivo de los sonidos que, en virtud de leyes fisiológicas ya conocidas de la ciencia, transmite al auditorio las emociones y los afectos del autor por ritmos y timbres adecuados.

Nacido en Navarra, pero educado en Milán bajo la protección del conde Julio de Litta, y dirigido por el célebre maestro Vaccaj, claro es que no podía sustraerse á la influencia que ejerció en su temperamento artístico la música italiana: sin embargo, su claro entendimiento y exquisito gusto le alejaron de aquel género á que se refiere Bellaigue, cuando escribe, en uno de sus admirables estudios musicales, «que había roto el pacto entre el arte y la verdad». No incurrió tampoco en aquellas *mentiras alegres* de que nos habla Renán, ni fué víctima de la ampulosidad, amaneramiento y decadencia que entonces saturaban el arte de gérmenes melódicos; no excluyó, ni mucho menos, de sus obras la idea melódica, superficial cuando aparece aislada, sino que, asociándola á los demás elementos musicales, dió á la armonía, al ritmo y á la instrumentación una importancia que antes pocos les habían concedido é interpretó los afectos sabia y popularmente en la zarzuela, género lírico nacional, á cuyo florecimiento contribuyó de manera tan poderosa, en unión de los ilustres Gaztambide, Oudrid, Hernando y Barbieri.

Su producción es tan abundante que, además de cuarenta zarzuelas, en su mayoría de tres actos, había escrito antes dos óperas, *Ildegonda* y *La conquista de Granada*, compuesta aquélla en Milán, y cantadas ambas en el teatro del Palacio Real de Madrid en 1849 y 50; y desde que se le encargó la cantata inaugural de la segunda época del Liceo, apenas hubo en Madrid acontecimiento importante, á cuya solemnidad contribuyese el arte musical, en que no fuera designado el maestro Arrieta para escribir el himno ó composición correspondiente; no mencionaré sino el de la coronación del gran Quintana, con letra de Ayala, y los de las inauguraciones de los teatros de Rossini y de la Zarzuela, y del Panteón de hombres ilustres. Hay en su música de todo, como en la vida

de su autor: cortesanía y corrección, como de quien ha frecuentado los palacios; conocimiento de la técnica, propio de quien siguió con gran lucimiento, hasta el grado superior, en escuela ilustre, su difícil profesión; facilidad demostrada, no sólo en la abundancia de las obras que constituyen su repertorio y que escribió entre muchas y graves ocupaciones, sino en la misma espontaneidad de su ejecución; viveza y gracia, como de quien vivió siempre entre los ingenios mejores de su tiempo, siendo su igual en ocurrencias y frases felices; sabor nacional, adquirido en las primeras impresiones de la vida y que se comprueba con algo que no pueden expresar con sus matices propios los cantantes extranjeros cuando interpretan los mejores compases de la ópera *Marina*. En fin, ternura y delicadeza, que manaban de su excelente corazón.

No hace falta el menor esfuerzo para refrescar la memoria del insigne maestro, que se nos representa aún de cuerpo entero como si respirase todavía. Aún se buscan y se leen las críticas musicales que escribió en la *Ilustración de Madrid* y en otras revistas; aún pasamos con emoción por la calle de San Quintín, donde vivió y murió en un nido de versos y de notas, y en el que Ayala hubo de despertarle un día en que tarareaba dormido, diciendo al sacudirle: «Despierta, Emilio, que te suena la cabeza.» Vivas están las frases y anécdotas ingeniosas que consignan sus biógrafos y circulan de boca en boca como epigramas felices; y son tan numerosas, que sería difícil la elección. Vivos están sus discípulos, hoy maestros populares que rinden culto á su memoria, y en la Escuela Superior de Música y Declamación palpitan los recuerdos de su bondad inagotable. Y sobre todo, vivas y muy vivas están en el teatro y se aplauden sus inspiradas partituras, y de ellas han pasado á la boca del pueblo muchas de sus canciones predilectas. Y aún nos parece ver la figura noble y arrogante

del maestro, su andar gravé y acompasado, su bondadosa sonrisa y su gesto entre burlón y cariñoso.

Las obras de otros músicos sobreviven también á sus autores, pero el hombre no ha dejado huellas personales: en Arrieta parecen vivos aún la música y el hombre.

*
* *

Y entro, Sres. Académicos, á cumplir otro deber, exponiendo algunas ideas acerca de la *Influencia de la música como elemento social*.

No temáis un resumen de la historia musical desde Júbal hasta nuestros días; pero el hecho de ser el músico con el forjador de metales Tubalcaín, los únicos inventores que se citan en el extracto de la historia antediluviana, como llenando las necesidades más apremiantes de aquella obscura antigüedad, prueba la importancia que el legislador de los hebreos concedía á aquel arte. Para nosotros, los creyentes en el Antiguo Testamento, aquello es la verdad: para los incrédulos, que seguramente han de conceder autoridad á Moisés como pensador, será, por lo menos, un símbolo: el arte musical y el de fragua, la cítara y el martillo, lo bello y lo útil. Para los indios, chinos y griegos, la música tiene principios más altos; Brahma, Fo, Apolo, con el coro de las Musas, significan el origen divino de aquel arte, uno de los primeros dones de los dioses para la vida en sociedad.

No hacen falta á la música, en perjuicio de otras artes, apoloías de tan escaso fundamento como las del ilustre Bellaigue cuando escribe: «No hay más festivales que los de la música: jamás para admirar el Parthenón, el Hermes de Praxiteles ó

la Madona de San Sixto se han congregado las peregrinaciones que acuden á Bayreuth para escuchar á Wagner.» El Parthenón no se exhibe en día fijo; las estatuas y cuadros célebres aguardan con paciencia al curioso que llega á visitarlos, y la multitud acude en masa á las Exposiciones de Bellas Artes en que aparece una obra maestra. Y conste que admiro el genio colosal de Wagner y acato las peregrinaciones á Bayreuth. Ni por desgracia puede eximirse en absoluto á la música de todo vicio hasta asegurar con madama Stäel «que jamás inspira pensamientos innobles», porque así como hay pintura obscena, y hasta en los templos cristianos la escultura y la talla han tenido atrevimientos sacrílegos, también hay música de orgía. Y no culpemos á la letra: en los aires populares, cual la muñeira y cual la jota, de letra variable, como copas de cristal que así reciben la medicina ó el veneno, si una voz vierte en ellas coplas repugnantes, la culpa es del coplero solamente; pero cuando la música se inspira en versos lascivos y se escribe para ellos, aun tarareándola sin letra será música deshonesta siempre, pues creyendo con Pilo «que la música está dotada, como cualquiera otra arte, de maravillosas potencias expresivas», siempre dejará en el ánimo del oyente algo de la impresión con que se ha escrito.

Tiene la música, por lo tanto, los mismos inconvenientes que las otras artes, sus hermanas, y no siempre expresa ideas generales de las que, según Brunetière, nos unen: también se pone al servicio de las ideas particulares que nos indisponen y dividen, como, por ejemplo, los corales de Lutero en las luchas de la Reforma, que fueron tan odiosos á los católicos de los siglos xvi y xvii: la *Carmañola* y el *Ça ira*, cantos de odio y venganza á fines del siglo xviii; los himnos de Riego y Espartero, en contraposición á las canciones de la Pitita y el Mutillá, que con el Trágala, el más insolente de los cantos populares, simbolizan nuestras luchas del siglo xix. ¿Y

cómo no ha de aprovecharse para elemento de discordia, si la música es la más arrebatadora de las artes, la única que acompaña á los ejércitos, entra en acción y decide á veces la victoria?

Cómplice de la tiranía cuando sirve al que abusa de la fuerza, es la salvadora de las naciones injustamente acometidas si enardece y liberta al oprimido. La música, como todo agente poderoso, produce el bien ó el mal, según su empleo.

Ha tenido detractores: han llegado á ponerla al nivel de la sensual gastronomía; la han llamado inurbana por molestar y quitar el sueño al vecindario; pero aún sobre estas fútiles y egoístas censuras ha conseguido la ciencia el triunfo maravilloso de encerrar en un aparato la marcha de *Lohengrin*, tocada á gran orquesta, sin que en el silencio de la noche oyesen nada las personas colocadas á pocos pasos del fonógrafo. ¡Oh, si hubieran podido ahogar del mismo modo en Roma la voz del famoso Vittori los Barberini, los Aldrobandini y los Ubaldi, súbditos de Urbano VIII, empeñados en disfrutar á solas, con reducido y aristocrático concurso, del placer de oír al maravilloso cantante, mientras que el pueblo se agolpaba á las cerradas puertas del palacio sólo por escuchar algunas notas! Y cuenta Romain Rolland que una vez el pueblo forzó la puerta del Colegio de los PP. Jesuítas, expulsó del salón á cardenales y señores, y aquella noche cantó Vittori para los aficionados de la calle. En Madrid, un caso análogo produjo años atrás resultados diferentes: debía cantar Gayarre en San Jerónimo, y tal fué la aglomeración de gente, que el célebre tenor no pudo entrar en la iglesia, impidiéndole cantar los mismos que se estrujaban por oírle.

No sólo detractores; la música ha tenido ilustres enemigos: es verdad que el famoso crítico Combarien afirma, no sin fundamento, que los indiferentes á la música abundan más entre los hombres ilustrados que entre los incultos: cuéntan-

se, en primer término, Filipo, el padre de Alejandro; Alcibíades, Escipión Emiliano, Catón, Suetonio, San Jerónimo y Temístocles. En cambio, ¡cuántos hombres eminentes rindieron culto al arte del sonido! Homero, Licurgo, Platón, Aristóteles, Pitágoras, Moisés, David, San Juan, que vió á los monstruos apocalípticos cantando á Dios un himno nuevo; Menandro, Séneca, San Agustín, y tantos otros, sin salirnos de la antigüedad, quienes, como filósofos, legisladores, compositores, tratadistas ó cantantes honraron ese arte divino, contribuyendo á enaltecerle. Una consideración se impone al pensamiento del cristiano: el silencio del divino Redentor respecto de aquel arte, que como reformador social no consta haber tenido en cuenta.

Pero el cántico de los ángeles «Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad» y el «Hossanna» coreado por el pueblo en la entrada de Jerusalén, dió á la música carácter angélico en los santos Evangelios y carácter triunfal en lo propiamente humano.

La naturaleza del arte del sonido, relacionándolo con importantes ramos de la ciencia y de las artes generales, demuestra las condiciones sociables de la música, después de las razones de autoridad que dejo expuestas. La filosofía, la matemática, la física, la fisiología y la jurisprudencia se han interesado en su examen, adelanto y disciplina; apenas hay arte liberal ú oficio humano que no se le asocie: la poesía es su hermana, la danza su hija, y desde el sabio que midió las vibraciones de las notas hasta el mecánico que pule la tecla de marfil, ensaya las maderas más útiles para la resonancia de las cajas, cura y hace flexibles las pieles del timbal y los nervios del arpa y la guitarra y construye los colosales tubos de los órganos, ¡cuántas artes contribuyen á la moderna batería musical! Cuando el director de orquesta alza la batuta no dirige únicamente á los profesores con sus señales expresivas;

dirige al que estampó la partitura, á los que templaron los arcos, ajustaron las llaves é incrustaron el nácar y la concha en los instrumentos: sólo la arquitectura congrega en sus obras tantas artes, da vida á tantos talleres y auna tanta fuerza colectiva.

Y si asocia tanto estudio y trabajo científico industrial, no es menor su imperio en la esfera ilimitada de los gustos, y por la multiplicidad de sus funciones como arte á la vez divino y humano, aristocrático y popular, regio y humilde. En el culto gentílico, sus manifestaciones debieron de ser muy variadas, pues no es posible suponer una misma música en la boca de las castísimas vestales y en el coro de las impúdicas bacantes. Aún resuena en lo alto de las mezquitas la voz del almuédano alabando á Dios y á Mahoma su profeta. Aún se canta en nuestros templos las palabras del salterio de David: «Cantate domino canticum novum quia mirabilia fecit.» Recordemos las palabras de Daniel: «Vió á Dios asentado en un trono real, cercado de serafines, que estaban cantando, teniendo el rostro cubierto con las alas.» Fijémonos en la influencia, en nuestro canto litúrgico, de los santos Gregorio, Isidoro, Ambrosio, Bernardo y otros, y veremos asociados todos los cultos y estilos en la consagración de un mismo arte. Si Filipo, según Plutarco, decía á su hijo Alejandro: «¿No te da vergüenza de cantar bien?», en cambio Numa Pompilio dictaba leyes para la música del culto, y sabido es que el orgulloso Nerón prefería á todas las grandezas los aplausos á su canto. En España ha tenido la música muchos cultivadores regios: Alfonso X con sus *Cantigas*; Enrique IV de Castilla, que tenía hermosa voz; Carlos I, que hizo ejercicios de composición para graduarse de doctor; Felipe II, extremado en las artes; Felipe IV, buen arpista; Carlos IV, diestro en el violín, y Fernando VII en el piano. Descendiendo de estas alturas hasta el humilde segador gallego que

en pleno sol de Julio entona plácido cantar, ó hasta el ciego que pide limosna rascando en un violín, hay que exclamar: ¡Oh prodigioso arte, que así cantas al Señor con el arpa de David, como haces meditar al legislador, llamas á la oración al musulmán, solazas á los reyes, consuelas al segador y das el pan al pobre ciego! ¿Qué arte te supera en extensión y en enlazar idealmente á los hombres?

Y es el único que ofrece condiciones progresivas y creadoras, como para acompañar á la humanidad en su camino hacia lo por venir: todas las otras artes han ganado en ciencia; pero la arquitectura no crea órdenes nuevos, la escultura tiene que envidiar á Grecia, y se estremece de emoción cuando el arqueólogo desentierra alguna estatua antigua; la poesía no ha superado los modelos de la antigüedad de cada pueblo. La música marcha seguramente hacia adelante; sólo en el templo, asilo de las tradiciones, se halla acaso detenida. Pero en la atmósfera libre del arte, contemporáneos nuestros vienen á ser los grandes creadores Beethoven, Bach, Haydn, Gluck, Cimarosa, Verdi, y otros astros de primera magnitud; contemporáneo es Wagner, el coloso de la escena musical. Nada significa en la historia del arte el período de tres siglos: la ópera está en su infancia todavía, y ya ha cantado todas las grandezas de los hombres. Emancipada de la voz humana, de la mímica y de las apariencias teatrales, ha surgido la Sinfonía con proporciones gigantescas, y el Oratorio, con sus masas corales é instrumentales y asuntos místicos, parece destinado á competir con la música del templo, secularizando lo divino. Y si esto es en lo grande, no es menos amplia la revolución en lo accesorio: díganlo la ópera cómica y el vaudeville en Francia, y el sainete lírico en España. Movimiento rápido, transformación equivalente á un período en que la arquitectura se ensanchase inventando nuevos órdenes sin apelar á extravagancias, como la carica-

tura en el retrato. La música crece, su esfera se dilata y aspira á dominar en todos los espíritus, á aumentar su vocabulario para expresar lo divino y lo humano, lo grande y lo pequeño, y ser el lenguaje universal de la belleza. Aunque parezca extraña, no se juzga ya imposible la profecía de un crítico que presiente la novela y el cuento musicales, contados por los instrumentos de la orquesta. Y, singular coincidencia, el arte de Júbal y el de Tubalcaín, que parecían significar lo más vetusto y atrasado, la música y el metal, se colocan á la cabeza del universal movimiento; la música invadiendo todos los dominios de la acústica; el metal destronando los caminos reales y montándose en los ríos para facilitar el tráfico en forma de vías férreas, puentes y mercados, y asociándose ambos para construir nuevos instrumentos de metal con sonoridades nuevas, y tiras de alambre para transmitir la voz y los sonidos musicales.

Otra virtud, apenas explotada, pero rigurosamente cierta, y que estudia ya seriamente la Medicina, es la acción de la música como agente terapéutico. Desde David, calmando con el arpa los arrebatos de Saúl, son clásicos, entre los casos de curaciones musicales, el de la Princesa de Belmonte y Pignatelli, á quien cortó unas calenturas el caballero Raff, cantando con su voz maravillosa, y el de Farinelli curando á Felipe V de su hipocondría, y aliviando á Fernando VI de su tristeza soberana.

Podrán ponerse en duda los efectos medicinales de la tarantela en el envenenamiento por la picadura de la tarántula, que el Dr. Cid juzgó seguros; pero, de antiguo, el hombre tiene fe en la acción curativa de la música en las enfermedades nerviosas: sonidos y colores ejercen impresiones excitantes ó deprimentes en el hombre, sin alterar el organismo como otros tratamientos, que al producir el mismo efecto ponen en peligro determinados órganos ó perturban sus fun-

ciones. Remedio inofensivo, de efectos prodigiosos en las dolencias del cerebro rebeldes á la farmacopea, y que puede aplicarse en conjunto á todos los enfermos de una clínica, ofrece ancho campo á las investigaciones de la ciencia médica. La terapéutica musical, reducida á breves aforismos, no ha tenido aún su Hipócrates, pero le tendrá seguramente.

Y aquí, si no fueran limitadas las dimensiones de este trabajo, disertaría acerca de la conveniencia y modo de hacer obligatoria la enseñanza de la música en las escuelas, como en la antigua Grecia y en la moderna Alemania; impídelo el tono de generalización que he adoptado en mi discurso, y la extensión del tema. Nuestro país nos da un ejemplo de la influencia de la música en el cultivo de su didáctica: mientras carecemos de textos en otras muchas artes, que se han transmitido oralmente, ó poco menos, abundan los maestros que han escrito sobre materia musical. San Isidoro, en el siglo vii, la dedica gran atención en sus *Etimologías*, y por él conocemos los instrumentos de aquel tiempo; en el siglo xiii, el beato Raimundo Lulio la define en su *Arte Magna*; las Cantigas de D. Alfonso *el Sabio* son un tesoro arqueológico, y desde el siglo xv, cuna de la Imprenta, hasta nuestros días, la abundancia de tratadistas impide enumerarlos.

Sí, la acción de la música es enérgica y segura: cuenta don Luis Zapata en su *Miscelánea*, que en Granada pasaba un día por el Zacatín un caballero tañendo una guitarrilla con tal arte, que las gentes se asomaban á las ventanas y le seguían para oírle; y el célebre organista Gregorio Silvestre adivinó por el tañido que no podía ser otro el que tocaba sino don Hernando de Orellana, á quien sólo de fama conocía. Pero la anécdota más notable es la referente á cómo ganó las oposiciones de organista en la catedral de Granada el referido Gregorio Silvestre, quien, atraído por los edictos del arzobispo D. Pedro Guerrero, llegó á la catedral, envuelto en su capa

parda, el mismo día del concurso y escuchó junto á un pilar los ejercicios. Eran muchos los opositores, y por haberse prolongado la audición y ser la hora de comer, bajaban ya cansados el Prelado y el Cabildo, procurando elegir entre varios el mejor, cuando Silvestre pidió ser oído. El pobre aspecto del pretendiente y el cansancio general hizo que se negasen á escucharle; pero, alegando su derecho, obtuvo al fin lo que pretendía. Volvieron á sentarse bostezando, y cómo tocaría el de la capa parda, que Arzobispo y canónigos pasaron escuchándole todo el resto del día. Anfión domesticaba salvajes con la música; Orfeo adormeció al terrible Cancerbero; pero, aparte de lo fabuloso de aquellas historias, creemos que Gregorio Silvestre hizo más al conseguir que un cabildo, aburrido de música, olvidase la comida por oírle tocar el órgano.

Si es arte civilizador por las razones alegadas, y en formas ya perdidas ejerció tanto predominio en los pueblos antiguos; si las dificultades de traducir la notación de la música arqueológica no han permitido conservar idea fija sino probable de aquel arte, gracias á los esfuerzos de erudición y paciencia de los sabios que han emprendido el generoso empeño de descifrar el enigma, la música no ha tenido en rigor renacimiento, sino una nueva vida como arte, aunque en la cadena del tiempo, que une todo lo humano, acaso repitamos por tradición, en aires populares de exquisito sentimiento y poesía, modelos de obras maestras desconocidas, aciertos de los genios artísticos de otras edades, de esos que una vez cantados en público se graban en el oído y jamás olvida el hombre: problema es éste que no pretendo resolver. Ello es que entre el arte antiguo y la música moderna hay lagunas innavegables, como si en lo providencial cada época necesitara sus formas musicales: el puente entre la música antigua y la moderna era la escritura y la tradición vocal é instrumental; aquélla desaparece con la destrucción de los códices

y la clave de lo escrito; la tradición moviliza y dispersa las alteradas melodías que á cada descanso de su emigración toman el carácter peculiar de la región que las acoge. Hay épocas precursoras de los cataclismos: un pueblo se afemina y sus artes participan de la flojedad y del decaimiento general; la Providencia restablece el vigor de lo caduco y hace resonar á lo lejos las marchas guerreras de los godos que espantan á las gentes y erizan la crin de los caballos, ó los clarines de Tárif, ó las bocinas y el caracol de los normandos, precursores de la matanza y del incendio.

¿Hay signos en la sociedad actual de esa decadencia? No los hay en el arte y la ciencia que estudiamos; todo lo contrario: á menos que se confunda lo accesorio, la lucha vital, el choque de energías que se manifiesta cada siglo con apariencias diferentes, y es hoy cuestión social, y en otras edades controversia religiosa, y se tome por presagio destructor lo que es hervor de la sangre y sensibilidad exquisita de los nervios. Nunca hubo mayor cambio de ideas musicales entre las naciones: el español conoce la música del ruso, del alemán, francés, inglés, italiano, y en las Exposiciones y Congresos se saludan mutuamente los pueblos con la *Marcha Real*, el *God save the King* y la *Marsellesa*: nunca la orquesta tuvo tan ingeniosos y estudiados instrumentos, y los adelantos de la electricidad y de la acústica están dando y prometen dar cada vez mayor alcance al oído del hombre y á los fenómenos del sonido. Oye el particular desde su casa la ópera que se estrena en el teatro; el fonógrafo, que se ha de perfeccionar hasta reproducir, sin asperezas, los matices más delicados de la música, es el arca que, con la conservación de un solo aparato, transmitirá la música de nuestro tiempo á los hombres venideros: podrá perderse el sentido de nuestra notación; pero el fonógrafo, salvando la voz del cantante y la interpretación de una sinfonía, transmitirá la música viva, no la muerta

del pentágrama. ¡Qué emociones preparan la ciencia y el arte al hombre del porvenir! Figurémonos, para comprenderlas, que pudiéramos oír el himno de los israelitas cuando pasaron el mar Rojo, el arpa de David, los coros de niños en el templo de Osiris, la voz de Nerón, la guitarra de Arellano, el órgano tocado por Silvestre y los cantos de Vittori y de Farinelli. Y como si no fuera bastante, el aparato de Marconi hace presentir que el hombre sabrá en su día dar á la música las alas de que, por su naturaleza, es susceptible, y la que hoy encerramos en el cilindro impresionado, será entonces transmitida, de estación en estación aéreas, por toda la tierra.

Si cada día se estrechan más los vínculos del hombre con esa su antigua compañera, es porque encuentra en ella condiciones expresivas de todos los afectos y de las vaguedades de su alma, que no tienen en el vocabulario de los idiomas fórmula prevista, y cuya transmisión, sin embargo, constituye para nosotros una necesidad espiritual, que satisface el arte de la música en todos los estados de la humanidad, ya en la canción del triste preso, del rústico pastor, del poeta inspirado, de la virgen soñadora; cantares solitarios; ya en el dúo, primer lazo social nacido del amor; en el trío, cuarteto y quinteto, símbolos de la familia; en el coro, voz del pueblo; ya en las masas vocales é instrumentales, conjuntos de todo lo que tiene voz y es concertable como la Nación lo es de todos los elementos enlazables de la sociedad humana. La música no sólo congrega á las gentes para oír; necesita unir-las para ejecutar lo que ideó el compositor. Y no repetiré, por ocioso, que la música nos regocija en nuestras alegrías y nos acompaña en el dolor: es su destino. Siendo un elemento afectivo en lo social, clara es la intervención que ha de tener en todos los movimientos y luchas de las sociedades: exalta los sentimientos plácidos del entusiasmo, y los vehementes del patriotismo, inspira el valor, impulsa al arrojo y fascina

en la victoria: como que la música es rezo, canto de guerra ó de amor, danza, gemido, burla, serenata ó alborada; en el corro de las niñas, un juego; en las escuelas, educación y enseñanza (jamás se olvida lo que en la niñez se aprende en coro); y hasta en su categoría más elemental y humilde es pregón del vendedor durante el día y reloj con que en la noche marca las horas la voz del sereno. De cantos, gritos, murmullos, golpes y ruidos se forma la voz de la ciudad, á manera de música confusa de indefinible armonía, pero tan intensa, que ante su rumoroso estruendo se detienen á sus puertas las voces de tierra, mar y cielo, y sólo al poderoso resonar del trueno es dado ponernos en contacto con la gran naturaleza. Pero si dejamos la ciudad bulliciosa y reposamos nuestro espíritu en el campo solitario, entonces sí que oímos á la naturaleza cantar con sublime sencillez el himno musical más hermoso con que el hombre puede extasiarse contemplando y sintiendo la belleza. Porque todo lo creado tiene voz: el ganado y su esquila, el aire, el insecto, el reptil y todo cuanto vive, el viento agitando el mar, sacudiendo el ramaje de los bosques y meciendo las cañas de las mieses; el arroyo, saltando entre guijarros, el torrente despeñándose, y hasta la muda roca desgajándose del risco ó cantando argentina nota al ser herida por el cincel y el martillo que la labran en la cantera.

Y tiene voz aquello que no oímos, como el rodar de nuestro planeta por el éter y el giro de las esferas en el mundo sideral; nuestra razón lo advierte, aunque nuestros sentidos no tengan el alcance necesario para oír ese concierto, como tampoco veían los antiguos los mares y montañas lunares que hoy fotografiamos asociando la cámara oscura al telescopio. Y si en lo grande y lejano aún carecemos de instrumento que nos revele la música extraterrestre, en cambio el micrófono, agrandando rumores antes imperceptibles, ha ensanchado por

el extremo opuesto los dominios de la acústica, y empieza el hombre á oír vocecillas subterráneas de seres mudos antes, ruidos que parecen palpitaciones del planeta, vagidos de los gérmenes que presienten el vivir, un mundo nuevo de sonidos que dormían, músicas desconocidas que nos hacen sospechar si el polvo formado por los seres muertos tiene vida y si el silencio tiene voz. Revelación extraordinaria de la inmensidad de lo pequeño, y prueba musical de la existencia y de la grandeza del Creador.

Sí, lo infinitamente pequeño tiene voz; y si en la copa de los árboles gorjean los pájaros, también anidan y cantan en sus raíces los infusorios subterráneos, y desde su piano imperceptible hasta la poderosa voz del trueno en las alturas, resulta en magnífico *crescendo* la armonía universal. Canta el agua, canta la llama en el pirófono, conviértese la música en vibración sobre una placa, y la vibración en música otra vez en el teléfono. ¡Cuánta invención, cuánto progreso, y cómo por ellos se vislumbra la inmensa esfera de acción del sonido, que es al arte de la música lo que la luz al de la pintura, senos infinitos en que Dios vació su inmensa obra artística, la creación, y en que el hombre inspira su hermosa creación, la obra artística!

La influencia de la música en lo social no está sólo en lo que como arte nos deleita, sino en lo que con sus efectos grandiosos de conjunto nos enseña. Nos evidencia desde luego el poder de la asociación: pobres son los recursos de algunos instrumentos por sí solos, y sin ellos no son posibles ciertos matices delicados ó sonoridades vigorosas en la orquesta. También en lo humano puede y significa poco el individuo, y su voz se pierde en el estruendo general; pero la unión de esfuerzos é intereses da resultados asombrosos. De muchas limosnas se forma una grandiosa catedral ó un montepío; con pequeñas acciones se construye un ferrocarril ó se establece

una compañía transatlántica que enriquece á una región, ó tranvías y casinos, que son el coche y el palacio para todos. El obrero disperso se fortalece con la unión, y concertando asociaciones diferentes, constituye una nueva fuerza social que respetan los Gobiernos y estudian los sociólogos. En fin, la queja triste del mendigo, que apenas inspira compasión cuando es lamento aislado, si se hace colectiva en las ciudades y las turbas famélicas unen amotinadas sus maldiciones y sus gritos, tiene una voz formidable que hace temblar el ánimo más esforzado.

También nos enseña que las ideas más hermosas se desnaturalizan y destruyen mal ejecutadas; lo que en boca de un Gayarre ó en el violín de Monasterio y en el de Sarasate es melodía angelical, se convierte en ruido insoportable en las voces y violines callejeros: así en la vida hay quien trueca la religión en hipocresía, el capital en usura y la amistad en traición: lo mismo que en la música, lo más útil puede resultar perjudicial, y empieza el público á desconfiar de los compositores de programas y á pedir ejecutantes, aunque todos sintamos aún la mágica influencia de la palabra vibrante, con ó sin ideas, y aplaudamos con delicia los trinos oratorios. ¡Oh poder inescrutable de la música! Pero no quiera Dios que se la desnaturalice con aplicaciones utilitarias; bástale su condición de arte propagador de la civilización y de la belleza, elemento que después del amor es el que une más á los hombres sin confundirlos: dígalo la música nacional, que es regional al mismo tiempo: acaso no se unifican las naciones hasta que no sienten sus diferentes aires populares, y prefiriendo el suyo propio, gustan en todos ellos de un goce familiar. Cualquiera ciego provinciano dirá escuchando el són de la Muñeira: «Se acercan los gallegos»; si la Jota, «Pasan los aragoneses ó navarros», y nombrará á todas las regiones por la naturaleza de los cantos. La marcha nacional, donde existe, los compendia.

Resumiendo la tarea que me impuse de estudiar la influencia social de la música, es indudable que acompañó en su peregrinación á la humanidad, desde que hay memoria, suavizando sus rigores; que sus maravillosas facultades expresivas la hacen apta para ejercer un influjo bienhechor, y aunque padezca la sugestión de las discordias, es agente, en momentos heroicos, de la independencia y de la gloria; que si ha tenido detractores ilustres, le han rendido tributo los mayores genios de la historia, y si la gentilidad le dió origen divino, nuestra religión le hace festejar el nacimiento del Mesías. Para el desarrollo de ese arte sublime se han asociado á competencia las ciencias y las artes, siendo manantial de descubrimientos, de riqueza y de trabajo. Ha dado solemnidad á todos los cultos, ocupación á los más altos ingenios, y ha hecho latir unidos el corazón del aristócrata y del pobre. Que son inagotables las enseñanzas que contiene, su porvenir espléndido, su importancia indiscutible, y que se impone al sociólogo su estudio, pues no sólo de pan vive el hombre, sino de satisfacciones interiores y de todo lo que afecta á su cerebro y hace latir su corazón.

HE DICHO.

D. Pablo Zabala e' Franeta, Pbro y Párroco de Santa-
go y S. Pedro de la villa de Puente la Reina

Certifico: Que en el folio ciento setenta y cuatro del libro
de bautizados de la Catedral parroquia de S. Pedro, y que comien-
za el año mil ochocientos tres de lex. la partida siguiente.

« Año de mil ochocientos veintituno, día veintituno de Octubre bau-
tizé yo el infrascripto Vicario de S. Pedro de la V. de Puente un niño
« que nació entre las nueve y diez de la noche del anterior inmediato día veinte,
« hijo legítimo de D. Gregorio Arrieta y D.^a Francisca Corona nat.^a de
« Puente. Su nombre Juan Pascual Cat.^a su madrina poder habiente
« en nombre de D.^a Antonia Zabala, nat.^a de S.ⁿ Sebastian D.^a
« Antonia Arrieta nat.^a de Puente, en lugar de aquella: Abuelo pater-
« nos D.ⁿ Pedro Arrieta y D.^a Juana Beate nat.^a de Puente:
« matérn José Corona natural de Berbinzana y Catalina Beate nat.
« de Puente y firmé = Jacinto Otun, Vic.

Y para que conste, doy la presente en Puente la Reina
a' diez de Febrero de mil novecientos tres



El Párroco

Pablo Zabala

NECROLOGÍA DEL MAESTRO ARRIETA

Nació Arrieta en Puente la Reina (Navarra) el día 20 de Octubre de 1821.

Empezó sus estudios musicales en España, y muy joven aún, en 1841, marchó á Italia, é ingresó como alumno en el Conservatorio de Milán, donde, bajo la dirección del ilustre maestro Vaccaj, recibió una sólida educación musical. En Milán permaneció hasta el año 1846, en que regresó á España. El año 1845 alcanzó el primer premio de composición en el citado Conservatorio, y en Milán estrenó su primera ópera *Ildegonda*, que se ejecutó con aplauso en varios teatros de Italia, luego en el de San Carlos, de Lisboa, en el Real de Madrid y en el particular del Palacio Real.

Dirigió la enseñanza de canto de S. M. la Reina D.^a Isabel II, y en 12 de Diciembre de 1849 le nombró la misma Soberana maestro compositor de su Real Cámara y Teatro, con la prerrogativa de poder dirigir sus composiciones.

En 1850 volvió al extranjero.

El año 1857 recibió el título de profesor de composición del Real Conservatorio de Madrid, del que ha sido director hasta su fallecimiento.

Fué uno de los doce individuos designados por el Gobierno, en 28 de Mayo de 1873, para constituir, por la primera vez, la Sección de Música agregada á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En la sesión celebrada el 28 de Enero de 1877 leyó Arrieta su discurso, que versó sobre la «Necesidad de generalizar en España la enseñanza musical; sobre los abusos que en las funciones de iglesia se cometen en la elección y ejecución de las obras musicales; exposición de las razones para que sean justa y equitativamente atendidos los espectáculos lírico-dramáticos españoles; extendiéndose, finalmente, en interesantes consideraciones sobre controversia de moderna música alemana».

Pertenecía á varias Sociedades artísticas y literarias. Era Caballero Gran Cruz de la Real orden de Isabel la Católica, desde 1871, y Consejero de Instrucción Pública.

Falleció el 11 de Febrero de 1894, y su cadáver recibió cristiana sepultura al siguiente día en el cementerio de la Sacramental de San Millán y San Justo, patio de Santa Gertrudis, nicho núm. 173.

*
* *

LISTA DE SUS OBRAS TEATRALES, POR ORDEN CRONOLÓGICO DE ESTRENOS

Ildegonda, ópera en tres actos, libro de Temistocle Solera, estrenada el 10 de Octubre de 1849 en el teatro del Palacio Real. El 25 de Abril de 1854 se cantó en el Teatro Real.

La Conquista de Granada, ópera en tres actos, libro de Temistocle Solera, estrenada el 10 de Octubre de 1850 en el teatro del Palacio Real, y puesta en escena en el Teatro Real el 18 de Diciembre de 1855.

El dominó azul, zarzuela en tres actos, libro de Camprodón, estrenada el 19 de Febrero de 1853 en el Teatro Circo.

El Grumete, zarzuela en un acto, libro de García Gutiérrez, estrenada el 17 de Junio de 1853 en el Teatro Circo.

La Estrella de Madrid, en un acto, libro de Ayala.—13 Octubre 1853.—Teatro Circo.

El hijo de familia (con Gaztambide y Oudrid), tres actos, libro de Olona.—24 Diciembre 1853.—Teatro Circo.

La cacería real, tres actos, libro de García Gutiérrez.—11 Marzo 1854.—Teatro Circo.

La dama del Rey, un acto, libro de Navarro Villoslada.—7 Febrero 1855.—Teatro Circo.

Guerra á muerte, tres actos, libro de Ayala.—22 Junio 1855.—Teatro Circo.

Marina, dos actos, libro de Camprodón.—21 Septiembre 1855.—Teatro Circo.

La Hija de la Providencia, tres actos, libro de Rubí.—16 Mayo 1856.—Teatro Circo.

La Zarzuela (en colaboración), un acto, libro de Hurtado y Olona.—10 Octubre 1856.—Teatro de la Zarzuela.

- El Sonámbulo*, un acto, libro de Hurtado.—10 Octubre 1856.—Teatro de la Zarzuela.
- El planeta Venus*, tres actos, libro de V. de la Vega.—27 Febrero 1858.—Teatro de la Zarzuela.
- Azon Visconti*, tres actos, libro de García Gutiérrez.—12 Noviembre 1858.—Teatro de la Zarzuela.
- Quien manda manda*, dos actos, libro de Camprodón.—6 Mayo 1859.—Teatro de la Zarzuela.
- Los circasianos*, cuatro actos, libro de Olona.—8 Abril 1860.—Teatro de la Zarzuela.
- Llamada y tropa*, dos actos, libro de García Gutiérrez.—8 Marzo 1861.—Teatro Circo.
- El hombre feliz* (monólogo), un acto, libro de Carlos Frontaura.—6 Abril 1861.—Teatro Circo.
- Un ayo para el niño*, un acto, libro de García Gutiérrez.—6 Abril 1861.—Teatro Circo.
- Dos coronas*, tres actos, libro de García Gutiérrez.—Diciembre 1861.—Teatro Circo.
- El agente de matrimonio*, tres actos, libro de Ayala.—1.º Marzo 1862.—Teatro de la Zarzuela.
- La tabernera de Londres*, tres actos, libro de García Gutiérrez.—14 Noviembre 1862.—Teatro Circo.
- Un trono y un desengaño*, tres actos, libro de Mariano Pina.—14 Diciembre 1862.—Teatro Circo.
- La vuelta del corsario*, tres actos, libro de García Gutiérrez.—18 Noviembre 1863.—Teatro Circo.
- De tal palo tal astilla*, un acto, libro de Selgas.—1.º Septiembre 1864.—Teatro Circo.
- Cadenas de oro*, tres actos, libro de Navarrete y Larra.—1.º Septiembre 1864.—Teatro Circo.
- El toque de ánimas*, tres actos, libro de Céspedes.—26 Noviembre 1864.—Teatro Circo.
- La Insula Barataria*, tres actos, libro de Larra.—24 Diciembre 1864.—Teatro Circo.
- El capitán negro*, tres actos, libro de García Gutiérrez.—19 Diciembre 1865.—Teatro de la Zarzuela.
- El conjuro*, un acto, libro de Ayala.—2 Noviembre 1866.—Teatro de Variedades.
- Un sarao y una soirée*, dos actos, libro de Ramos Carrión y Eduardo Lustonó.—31 Diciembre 1866.—Teatro de Variedades.
- La suegra del diablo*, tres actos, libro de Eusebio Blasco.—23 Marzo 1867.—Teatro de Variedades.
- Los enemigos domésticos*, dos actos, libro de Picón.—16 Noviembre 1867.—Teatro Circo.
- El figle enamorado*, un acto, libro de Ramos Carrión.—24 Diciembre 1867.—Teatro Circo.
- Los novios de Teruel*, dos actos, libro de Blasco.—24 Diciembre 1867.—Teatro Circo.
- ¡A la humanidad doliente!*, un acto, libro de Blasco.—30 Enero 1868.—Teatro Circo.
- Los misterios del Parnaso*, un acto, libro de Larra.—5 Septiembre 1868.—Teatro Circo.
- Los progresos del amor*, tres actos, libro de Blasco.—6 Diciembre 1868.—Teatro Circo.
- Las fuentes del Prado*, un acto, libro de Moreno Godino.—Mayo 1870.—Teatro Circo.
- De Madrid á Biarritz*, dos actos, libro de Ramos Carrión y Coello.—Diciembre 1870.—Teatro de la Zarzuela.
- El Potosí submarino*, tres actos, libro de García Santisteban.—29 Diciembre 1870.—Teatro Circo.
- Marina* (ópera), tres actos, libro de Ramos Carrión.—16 Marzo 1871.—Teatro Real.
- El motín contra Esquilache*, un acto, libro de Retes y Echevarría.—12 Septiembre 1871.—Teatro de la Zarzuela.
- La sota de espadas*, tres actos, libro de Pina.—16 Diciembre 1871.—Teatro de la Zarzuela.
- Las manzanas de oro*, tres actos, libro de Blasco.—Diciembre 1873.—Teatro Español.
- Un viaje á Cochinchina*, un acto, libro de Picón.—Noviembre 1875.—Teatro de la Zarzuela.
- Entre el Alcalde y el Rey*, tres actos, libro de Núñez de Arce.—23 Diciembre 1875.—Teatro de la Zarzuela.
- La Guerra santa*, tres actos, libro de Larra.—4 Marzo 1879.—Teatro de la Zarzuela.
- Heliodora*, tres actos, libro de Hartzzenbusch.—28 Septiembre 1880.—Teatro de Apolo.
- San Franco de Sena*, tres actos, libro de Moreto, refundido por D. José Extremera.—27 Octubre 1883.—Teatro de Apolo.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Hay una comarca en el Noroeste de España, defendida frente al mar por fuertes acantilados y formada á espaldas de éstos por campos siempre verdes.

Ábrense entre las montañas las bocas de cien rías como abrigos de barcos que en su fondo parecen escondidos, contrastando con el emplazamiento de la mayoría de sus puertos la disposición del de la Coruña, combatido libremente por las olas y mareas del Atlántico, privado de medios naturales de protección, expuesto á todos los ataques, pero accesible también á todas las comunicaciones humanas, cual si el pecho valiente de sus habitantes despreciara los peligros á cambio de sentir no atenuadas las palpitations de la vida en los más distantes pueblos.

En tan hermoso suelo nació Garrido, reflejándose en su imaginación desde los primeros momentos la inmensidad de las aguas que despierta pensamientos varoniles en los cerebros privilegiados, y sintiendo á la par las emociones dulces á que se halla tan inclinada una raza, soñolienta para la fantasía y activa para el trabajo, que desahoga en las *saudades*

vagas delicadezas del alma y ha perpetuado en los monumentos de Santiago la grandeza indiscutible de sus artistas.

No había que crearle; el germen del culto á la belleza estaba ya en su naturaleza desde niño, como algo de íntimamente unido á su cuerpo, y desarrollándose luego de edad en edad con sus fuerzas morales le ha traído á merecer la elección con que le habéis premiado. Por su ingreso en esta casa nos felicitamos todos, y en vuestro nombre y por vuestro encargo le doy la más cariñosa bienvenida.

Las vicisitudes de la vida se han aunado á sus cualidades nativas para robustecer los rasgos principales de su carácter: la fina percepción artística con la ternura silenciosa; la constancia y la energía puestas siempre al servicio de las empresas que acomete.

Á los ocho años le amenazó de cerca la muerte; desahuciado en España, pasó á París, donde un sabio médico salvó su vida; estudió en aquel conservatorio y en Suiza, en Alemania é Inglaterra, familiarizándose su espíritu con la alta cultura europea y acrecentándose al mismo tiempo su amor á la patria, que sólo las gentes sin corazón olvidan en extrañas ciudades.

La extensión de sus conocimientos y la variedad de sus aptitudes fueron la necesaria consecuencia de su tenacidad para aplicar una voluntad de hierro á la adaptación á tantos medios diferentes.

Hizo su bachillerato en Francia; se graduó, con brillantes notas, de licenciado en ciencias; ingresó últimamente en la Escuela Militar de Valladolid, y de ella salió con las estrellas de oficial, pasando sin transición de las aulas á los campos del Norte, donde fué premiado por funciones de guerra como antes lo había sido por sus triunfos en las artes de la paz.

Así se formó su alma bien templada de batallador infatigable, defendiendo su patria y sus ideales con las armas, en es-

cenos trágicas; con la pluma, en esa eterna lucha contra la ignorancia, en que son los que escriben, del mismo modo que los que visten honroso uniforme, soldados sometidos al azar de las glorias y derrotas.

¡Cuántas y cuántas emociones violentas ha sufrido en ambas carreras!

El autor no sabe nunca, hasta el momento crítico de la presentación de sus trabajos, si el aplauso del público asegurará su modesta fortuna con la legítima satisfacción del amor propio, ó si su desagrado reducirá á la nada en un instante las ilusiones de muchos días ó el esfuerzo cerebral de algunos años.

El militar ha de pasar noches terribles en la tienda de campaña, por bien acreditado que esté su valor. La incierta vida se pinta en el pensamiento cuando el silencio profundo no distrae la atención y las vagas siluetas de las personas más queridas vienen á visitar al combatiente, pidiéndole, por egoísmo amoroso, la conservación de su existencia y no los heroicos sacrificios. El que nada teme por sí, ha de sentir indecible ternura, en aquellas horas de recogimiento, por los suyos, y pensar si en el reparto de la loca suerte le tocarán al día siguiente los laureles ó las balas.

En el pecho de una personalidad que ha luchado así, no encuentran franca entrada la vulgaridad ni los sentimientos pequeños. Garrido ha tropezado con inevitables contrariedades en su carrera, y su corazón quisiera evitárselas á sus semejantes, dando alientos á los que empiezan y ayudándolos en sus primeros trabajos para que no se gasten, contra la rutina y el egoísmo, su fe y sus ardores juveniles.

Este es el hombre.

Su obra silenciosa es tan extensa en su verdadero valor, como modesta parece por la forma en que la ha realizado.

Publicó hace años un tratado de geografía; un diccionario

práctico; un vocabulario de cuatro lenguas europeas y una topografía, en la cual consigna las observaciones que hubo de sugerirle su práctica de esta ciencia.

Sus artículos, sin firma, son tan numerosos, que podrían llenarse con ellos algunos volúmenes. Trabaja sin descanso en *La Ilustración Española y Americana*, y ha desempeñado varias veces, aunque interinamente, su dirección. Fué secretario del Círculo de Bellas Artes en los períodos de mayor vida de esta culta sociedad.

Garrido ha podido apreciar por sí mismo cuánto importa que pasada la frontera suene de un modo grato el nombre de España. Llevan los pueblos en su fama la garantía del respeto y la promesa de porvenir más risueño, y los corresponsales de los periódicos extranjeros que propagan, como él lo hace, la noticia de que aquí se crea en las artes y se investiga en las ciencias, cumplen con su país como los buenos hijos que consagran su talento y sus energías á enaltecer ante todos la cariñosa memoria de su madre.

Su discurso es un cuadro literario sobre cuyo fondo se dibuja vigorosa una afirmación: la del carácter social y universalidad de la música. Necesario es hacerla una y otra vez, y más para España que para los demás pueblos, porque su culto está aquí expuesto á los cambios de la moda, siendo en unos períodos ornato de los salones, y tolerable ruido en otros, que distrae sólo de más atractivos placeres.

No interviene en nuestro suelo, como debiera, en la educación de la juventud; no se asocia á las impresiones de los primeros años, que dejan en el alma un recuerdo imperecedero; no se ha sabido hacer con ella un poderoso emblema nacional asociado á la bandera roja y gualda, que lleva en sus colores promesas de riqueza é identidad con nuestra sangre derrochada tantas veces para salvar el nombre de una raza, que cuanto más se la califica de muerta, más renace vigorosa

en cada siglo, proclamando que es necesaria su vida en el organismo de la humanidad.

Triste es conocer el pobre papel que desempeña el arte calificado de *divino* en nuestros centros docentes. En las universidades é institutos parecería la agregación de su estudio cosa poco propia de la majestad de sus clásicos cuadros de enseñanza. En los colegios privados se la incluye entre las clases llamadas de adorno, imprimiéndola un estigma de frivolidad. En las escuelas se siega en flor el sentimiento estético de los niños con aquellos insípidos cánticos aritméticos destinados á grabar en los entendimientos distraídos la tabla de multiplicar.

Los que hace ya algunos años escuchamos conmovidos á los orfeones de los estudiantes escandinavos no podemos explicarnos las razones de tan lastimosa equivocación. Las voces frescas de los alumnos despertaban en nosotros el amor por su patria desconocida, y en el entusiasmo con que cantaban la belleza de sus paisajes y la grandeza de su historia adivinábamos la existencia de almas varoniles dispuestas á las más rudas luchas para conservarla su querida libertad.

Aquí en nuestro suelo se observa clara la influencia decisiva de los cantos regionales. Modula en lejanas tierras el vascongado su zortzico, y ve dibujarse en su fantasía la imagen de sus montañas pobladas de manzanales ó encendidas por los hornos que hacen dócil al hierro. Los que extrañen el exclusivo entusiasmo de los catalanes por su región, recuerden, entre cien influencias, un concierto de los antiguos coros de Clavé, y comprenderán que las armónicas combinaciones de voces les han enseñado á amarla como se ama á Dios, sobre todas las cosas.

Estos cariños, muy dulces de alimentar, respetables en su fundamento y á veces peligrosos, sólo pueden contrarrestarse eficazmente con otros cariños más amplios y más na-

cionales: hay que oponer genialidades á genialidades, inspiraciones á inspiraciones, grandezas á grandezas. Que el infante recite en su casa los cantos locales, pero que el maestro le familiarice más con un bien pensado canto español. Incurren en grave responsabilidad los que no prescriben que haya uno fácil de aprender, corto, inspirado, simpático, que repitan los niños con infantil amor en las escuelas y retengan de adultos.

No han desconocido jamás la transcendencia de este género de educación los pueblos del Norte y Centro de Europa; y nuestros vecinos, aleccionados, como nosotros debiéramos estarlo, por tristezas pasadas, llevan hoy las estrofas patrióticas á las masas de alumnos y al Ejército. Grupos de soldados acompañan á las bandas militares en los conciertos que dan en los paseos públicos, y tiene un encanto indefinible escucharles al despedirse aquellas historias del *alma del batallón*, inmortal en los mismos momentos en que la metralla destroza cuerpos, que aun no siendo franceses muchos de los que las escuchábamos, nos hacían llegar á todos lágrimas á los ojos, en medio del jardín tan lleno de carácter y colorido del *Palacio Real* de París.

No somos tan inocentes, ni lo bastante exclusivistas, para pensar que la resolución de los más arduos problemas nacionales esté sólo en la adopción de una frase musical patriótica que se enseñe en las escuelas, se repita en los orfeones de los regimientos, se cante en las fiestas de obreros y enamore á las masas; ni creemos que el crearla y extenderla sea obra de un momento: afirmamos, sí, que hay que buscar en algo interno el modo de atajar á tiempo el anormal desarrollo de los particularismos, y que todas las bellas artes, y muy especialmente la música, tienen recursos sobrados para subyugar las voluntades, dominando á lo más local con lo más inspirado, porque ellas pasan de unas razas á otras como hermoso lenguaje universal que siempre se comprende.

Repetidas veces se ha sentido la necesidad de hacer lo que aquí proponemos; los grandes movimientos de nuestra historia política se han asociado también á la popularización de composiciones de nuestros más conocidos maestros; no há mucho que la prensa persiguió noblemente el mismo fin, y si en ninguna de estas ocasiones se ha alcanzado el éxito apetecido débese á varias circunstancias exteriores, siendo una de las más fáciles de apreciar nuestro empeño en sustituir por marchas, por verdaderos pasos de ataque, por lo que tiene en el fondo un acento de agresivo, lo que es en las demás naciones tranquilo, grave y majestuoso.

Encierra la música en su propia naturaleza los elementos pasionales y ese algo de irreflexivo que son absolutamente indispensables para propulsar el movimiento de los grandes sentimientos del pueblo. No lo dice la fisiología, pero sí lo afirman los poetas, y, poniéndose de su lado, lo demuestra todos los días la experiencia, que, lo mismo las palabras amorosas susurradas á media voz, que las combinaciones armónicas ó los estímulos á los nobles entusiasmos, van por un camino directo, sin pasar por el pensamiento, de los oídos al corazón.

Que nuestros poetas se inspiren en nuestro modo de ser; que los compositores acierten con la esencia del alma del país, y ¡qué hermoso saludo para la enseña de la Patria sería un himno entonado por todos con fe desde las rocas del cabo Ortegal á las aguas del Guadalete, y de los Pirineos Orientales á la embocadura del Guadiana, proclamando en sonora masa coral que España es una é indivisible, en su territorio y en su espíritu vigoroso, no sólo por los preceptos fríos de la ley, sí por el amor ardiente de todos los que se declaran con orgullo sus hijos.

HE DICHO.

